

Reseña / Review

Miseres, Vanesa. *Mujeres en tránsito: Viaje, identidad y escritura en Sudamérica (1830-1910)*. Chapel Hill, NC: North Carolina Studies in the Romance Languages and Literatures, 2017.

Las encrucijadas transnacionales de las viajeras decimonónicas

Ty West

Saint Mary's College—Notre Dame

Mujeres en tránsito: Viaje, identidad y escritura en Sudamérica (1830-1910) de Vanesa Miseres forma parte de una escuela crítica que, a pesar de que ha sido siempre una tarea urgente, ha cobrado fuerza y presencia en los últimos años. Me refiero a los estudios sobre la contribución de mujeres a la producción cultural en Latinoamérica durante el siglo diecinueve, época en que se empezaron a gestar identidades en pugna con el legado colonial y, a la vez, ansiosas de un futuro independiente. Entre los muchos procesos constitutivos de las nuevas identidades latinoamericanas figura el viaje, una práctica muchas veces privilegiada y predominantemente reservada para los hombres. De los textos de viaje brotaban nuevos debates sobre el papel de Latinoamérica en las relaciones globales, y la función del mundo en la formación de las comunidades latinoamericanas independientes. En un estudio interdisciplinario que muestra una investigación exhaustiva y provee un nuevo vocabulario crítico sobre

el tema, *Miseres* combina el estudio del viaje con el urgente proyecto crítico de incluir mujeres en las conversaciones sobre la escritura, la cultura y la vida intelectual. *Miseres* enfoca su análisis en la obra de Flora Tristán (1803-44), Juana Manuela Gorriti (1816-92), Eduarda Mansilla (1834-92) y Clorinda Matto de Turner (1852-1909), cuatro viajeras que vivieron y documentaron las polémicas de la época y formaron parte de la incipiente presencia de las mujeres intelectuales latinoamericanas. La principal contribución de *Miseres* se puede dividir en dos categorías que se intercalan: demostrar cómo el viaje posibilita la construcción de una autoridad femenina durante un momento histórico definido por el patriarcado, y, en contraposición a los proyectos de nación, enfatizar la articulación de una visión transnacional presente en las obras de estas viajeras.

Los estudios sobre el viaje decimonónico de los últimos treinta años oscilan entre examinar la influencia de los viajeros extranjeros en la producción cultural latinoamericana (*Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820-50* de Adolfo Prieto) y la manera en que los escritores latinoamericanos se apropiaron de los textos de viaje de extranjeros (*Imperial Eyes* de Mary Louis Pratt). Partiendo de este amplio marco de estudios en que el extranjero—masculino—desempeña un papel importante, *Miseres* introduce no sólo la obra de mujeres, sino la de mujeres que se identificaban como latinoamericanas y que viajaban. La diferencia es importante porque las viajeras, al alejarse de una vida tradicional y los espacios cotidianos, se enfrentaron al dilema de redefinirse vis-à-vis la discriminación de género y el reconocimiento de la artificialidad de las fronteras geográficas y culturales que separaban los países. De tal forma, *Miseres* hace una contribución oportuna y fundamental al corpus creciente de estudios sobre el viaje y también sobre las mujeres en el siglo diecinueve. Las obras recientes *The Moral Electricity of Print: Transatlantic Education and the Lima Women's Circuit, 1876-1910* (2017) de Ronald Briggs, *Gender and Rhetoric of Modernity in Spanish America, 1850-1910* (2016) de Lee Skinner y *Transatlantic Travels in Nineteenth-Century Latin America: European Women Pilgrims* (2013) de Adriana Méndez-Rodenas, por sólo mencionar algunas, sirven de trasfondo para *Mujeres en tránsito*, que combina el estudio sobre la prensa, la política, la historia intelectual y la modernidad con un análisis del género y el viaje.

Aunque *Mujeres en tránsito* recalca la importancia del viaje en la obra de las escritoras estudiadas, es mucho más que un libro sobre la literatura de viajes. Para *Miseres* es esencial no sólo visibilizar a las mujeres en circulación, sino destacar la complejidad vital de la mujer que viajaba y escribía. El título *Mujeres en tránsito* no deja

lugar a dudas sobre la centralidad de la voz femenina en el estudio. No obstante Miseres matiza esa centralidad con tres subcategorías que marcan la extensión de su contribución: *viaje, identidad y escritura*. A lo largo del libro la autora amplía cada subcategoría, señalando la multiplicidad que encapsula. Por ejemplo, viajar incluye el viaje entre Europa y Latinoamérica (la trayectoria de Flora Tristán), pero también por de la América hispana y la anglófona (el recorrido de Eduarda Mansilla), y el viaje interno, una exploración regional de las tierras latinoamericanas, como era el itinerario de Juana Manuela Gorriti. Atado al viaje es la cuestión de identidad, una identidad femenina en proceso de definirse, que revela la heterogeneidad que caracterizaba a estas mujeres decimonónicas. Finalmente, el proyecto de Miseres extiende nuestro entendimiento sobre lo que significaba escribir en el siglo diecinueve: escribir siendo mujer en tránsito y las mujeres que escriben sobre el tránsito; escribir sobre lo que las mujeres hallan en el camino y cómo en el camino se hallan a sí mismas; escribir para enfrentarse con la prohibición que apartaba a las mujeres de los círculos intelectuales y políticos del momento.

Miseres subraya las múltiples intervenciones discursivas y políticas a través de las cuales estas viajeras fraguaron su libertad. Entre otras posibilidades, el viaje les brindaba la oportunidad de explorar espacios nuevos y aprender de lo inesperado, circunstancias inherentes a la vida en tránsito. El viaje también les facilitaba el encuentro con otras mujeres intelectuales de Latinoamérica. Por sólo citar un ejemplo, cuando Clorinda Matto de Turner viaja a Lima en 1877, asiste a un evento organizado en su honor por Juana Manuela Gorriti (168). El viaje es lo que hace posible este encuentro entre mujeres y la constatación de la importante contribución de ambas a las letras y a los debates apremiantes del momento. Sin embargo, las viajeras no se estudian en aislamiento. Por ejemplo, estas escritoras en tránsito también añadieron a la obra de los letrados, extendieron sus discursos intelectuales a territorio femenino y, en el caso de Clorinda Matto de Turner, hasta completó—palabra de Miseres—los proyectos de escritores tan reconocidos como Pedro Paz Soldán, Juan B. Alberdi y Domingo F. Sarmiento (180). Al trazar los circuitos que recorrieron estas cuatro viajeras, Miseres señala cómo las mujeres que pudieron viajar lograron aprovechar de la experiencia ambulante para entrar en contacto y colaborar con, e influenciar a, otras y a otros intelectuales.

En las obras de las viajeras, Miseres encuentra una visión transnacional y más compleja de la ya compleja realidad latinoamericana. El viaje apartaba a estas viajeras de algunos de los mecanismos de opresión de la época, incluyendo la necesidad de

identificarse con una sola nación. Para enfatizar esta importante contribución, Miseres introduce varios términos analíticos nuevos que enfocan la construcción de las comunidades en la producción cultural de mujeres que viajan y así cuestiona las teorías sobre la nación con que tanto se ha estudiado el siglo diecinueve. Por ejemplo, Miseres habla de *la república femenina* para referirse a cómo la voz de las escritoras permea las categorías dominantes de la sociedad. Así se asoma una comunidad que “en lugar de constituirse sobre la base de la exclusión de lo femenino, inversamente, se apoya con firmeza en la operatividad y el liderazgo de la mujer” (54). En términos del espacio, Miseres habla de *la patria extendida*, una visión transnacional que improvisa con la idea de la vida hogareña pero cuando el hogar es ambulante, articulando así una definición alternativa—y femenina—de la patria (77). En una revisión histórica que invierte uno de los procesos más constitutivos del siglo diecinueve, Miseres usa el término *Grand Tour local* (84). El Grand Tour era una práctica que se basaba en la obligada adquisición del conocimiento en espacios extranjeros. Es decir, para ser moderno uno tenía que trasladarse a un país reconocido por su modernidad. Miseres, en cambio, enfatiza “un recorrido de aprendizaje que en lugar de dirigirse al extranjero, se desarrolla dentro del espacio regional y en vía de aprehensión y conocimiento, desde ese mismo espacio, de las fronteras interiores de la nación” (84). De esa forma, durante las trayectorias que las llevaron de un país a otro, estas viajeras encontraron, construyeron y se apropiaron de las múltiples interpretaciones de la ciudadanía. Este aspecto transnacional de las obras de estas viajeras problematiza otros intentos de reducir la compleja realidad durante el siglo a una sola noción de comunidad: la nación.

Señalo otro término acuñado por Miseres que recalca, como adelanté en la introducción a esta reseña, lo que me parecen las dos contribuciones más importantes de *Mujeres en tránsito*: la construcción de una autoridad femenina y la articulación de una visión transnacional. En una astuta improvisación con la “escena de lectura” de Sylvia Molloy, Miseres ofrece la *escena de traducción* como una apertura a la capacidad crítica de la mujer que viaja (130). La traducción aquí incluye la interpretación lingüística pero también la traducción que requiere la experiencia de culturas diferentes. La escena de traducción se define por la necesidad de la mujer de traducir, una necesidad estrechamente relacionada con el viaje. Pero también se define por los momentos en que otros dependen de la mujer como traductora, así otorgándole una autoridad nueva. Como explica Miseres en referencia a Eduarda Mansilla, la escena de traducción es “una marca de la experiencia transnacional de Mansilla, quien pasa la

mayor parte de su vida atravesando y conviviendo entre lenguas y culturas diversas” (130). Pero no se limita al caso de Mansilla la autoridad que nace de la necesidad de traducir y de que las obras de las escritoras se traduzcan. Miseres explica que Carolina Freyre de Jaimes traduce a Flora Tristán para poder presentar un análisis sobre su obra en el Club Literario de Lima (35), y que Clorinda Matto de Turner, quien hablaba el quechua, era una “ferviente traductora” (167). La traducción era una parte fundamental de la producción cultural del siglo diecinueve que ponía los textos que estimaban importantes en circulación para los mercados tanto nacionales como internacionales. Al identificar a las mujeres como traductoras que se encontraban en “la escena de traducción” Miseres vuelve a subrayar el carácter transnacional de las viajeras que se encuentra a lo largo de libro, y llama la atención sobre un tema que merece nuestra atención.

Mujeres en tránsito es un estudio fundamental para cualquier lector interesado en la producción cultural decimonónica en Latinoamérica, el género, los retos a las formas tradicionales de pensar los letrados, la literatura de viajes y el nacionalismo. Miseres demuestra convincentemente cómo las viajeras construyeron en sus textos una visión transnacional y articularon su autoridad desde los espacios dominados por hombres. Aunque el libro se organiza en cuatro capítulos que corresponden a cada viajera, el contenido nos invita pensar estas viajeras en conjunto, en relación con las otras mujeres que aparecen en el libro de forma más tangencial, y cómo participantes en la “serie de relaciones” que sustituye a la noción consolidada de una nación (129). Tal como Miseres observa en la introducción, el tema de las mujeres que viajan solas es aún vigente y apremiante. *Mujeres en tránsito* confirma la necesidad de seguir estudiando la relación entre las mujeres y el viaje y activa el interés en establecer vínculos productivos entre el siglo diecinueve y el presente.